

## Testimonio

# Cayetano Hernández, *in memoriam*

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

Cayetano Hernández, nuestro militante más anciano y más afanoso ha muerto; una personalidad tan rica no podría ser glosada sin mucho esfuerzo y dedicación, algo que sin duda debería emprenderse.

¿Cómo decir bien algo de Cayetano, cómo ben-decirlo no sólo para honrarle, sino para no deshonrarnos a nosotros? Lo conocimos en el último tramo de su vida, cuando ya su salud no era buena y cuando ya sólo añoraba encontrarse con el Padre (con el Padre eterno, y desde Él con el padre terrenal, al que tanto amó), cuando ni siquiera tenía con quién hablar, hasta el extremo de suplicarnos que le «concediésemos» una tarde cada varios meses. Cayetano vivía extremadamente solo; sólo su temperamento peculiar y la no menor peculiaridad de la gente de este mundo pueden explicar esta situación. Cuando genio y genialidad se concitan, de todos modos, no suele haber mucho arraigo social. No suele: estamos hablando de un hombre in-sólito cuya característi-

ca fundamental ha sido el amor a Cristo, la seducción que el Evangelio le producía, leído entre dos montes, el monte en el que Cristo predica las bienaventuranzas, y el monte del Calvario, que es su continuación crucificada; entre ambos caminos ha ido y venido incesantemente nuestro hermano mayor Cayetano a lo largo de su vida.

Sin embargo, cuando se mira la realidad con atención, lo insólito comienza a comprenderse. En realidad, Cayetano estaba excelente-

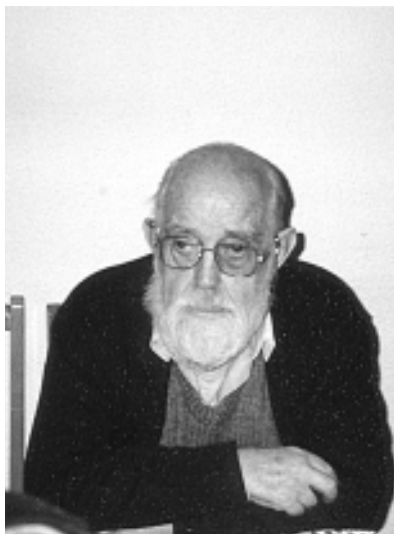
mente acompañado, pues en su calidad de místico real y activo, de autodesposeído (hizo voto de pobreza personal), vivía acompañado de la Dama Pobreza que posibilita la *abundantia cordis*, la abundancia del corazón. Pobreza dineraria y abundancia espiritual hicieron de Cayetano un hombre capaz de optar por irse a trabajar como peón a Bélgica dejando atrás una abundante prole, de no cobrar a quien no le podía pagar sus servicios como abogado, de coincidir con los socialistas sevillanos que luego gobernaron España en la primera clandestinidad quedándose abajo mientras los otros subían, etc. Vino a servir el amor que Dios sirvió primero a los hombres.

Como jurista, es célebre porque nunca defendió una sola causa que no fuese rigurosamente ética. De conciencia rectísima, no cabía en él separación entre derecho y moral. Esta alma bella, tan renuente al halago al que consideraba gran tentación diabólica, pero sensible y tierno como un niño tras su apariencia humana y a veces un poco



cascarrabias, leía el Evangelio con una hondura, una radicalidad y una confianza que extasiaban. En su ingenuidad, venía a pedir consejo y compañía con suma delicadeza a quienes éramos todo oídos escuchándole y sólo extraíamos beneficios de dicha audiencia.

Como místico, su tesis era la clásica, que él ejemplificaba de modos diversos: Dios sólo cabe en quienes hacen sitio a Dios mismo, y desde ese desapego hacen sitio a Dios y a los demás. Ese «vacío místico» lo plenificaba la oración y el diálogo permanente con Dios. Todo esto sabía y vivía Cayetano: El que te creó sin ti no te salvará sin ti. Dios sólo ayuda a quien hace por ayudarse a sí mismo. Feliz el que te ama a ti, al amigo en ti y al enemigo por ti. No pierde a ningún ser querido aquél, y sólo aquél, para quien todos son seres queridos en Aquel que nunca se pierde. ¿Quieres tener a Dios de tu parte? Es muy sencillo: ponte tú de parte de Dios. Cuando nosotros hacemos la voluntad de Dios,



entonces se hace la voluntad de Dios en nosotros. Dios está en todas partes. Por tanto, si tú no quieres apartarte de Él, Él no podrá apartarse de ti. Acercarse a Dios es asemejarse a Él. Apartarse de Él es deformarse a uno mismo. No olvides jamás que Dios llena los corazones, no los bolsillos. Ningún hombre es veraz si Dios, que es la Verdad, no habla en él. Pero ¿cuándo habla Dios en el hombre? Cuando el hombre está lleno de Dios.

Nuestro amigo y maestro miraba más allá y más dentro. Siempre pendiente de los demás, escribía cartas en favor de los presos de cualquier parte del mundo, pues sólo pensaba en compartir con los cercanos o lejanos necesitados. Cayetano carecía de pensión y, como sus ahorros menguaban dada su casi prodigalidad con los demás y la escasez de los mismos, la muerte le sorprendió antes de que se quedara en la pobreza absoluta, es decir, en la plenitud de la riqueza mística.

Y este hombre pegado a un puro, envuelto en humo, se ha ido pegado a un puro, envuelto en humo, pero en humo de santidad. Apoyado en su bastón, renqueante, pálido, con esa larga barba blanca un poco valleinclanesca, con aquellas gafas desvencijadas, uno de cuyos cristales no existía, quiso estar hasta el final con el Instituto Emmanuel Mounier. No serán pocos quienes le recuerden junto a la puerta de la sala, por fuera, para poder fumar. Ni seremos pocos los que le recordaremos por dentro, con aquella su limpieza admirable y pobre, la de los santos que tan pobres vivieron, que nunca —ni siquiera después de la muerte— serán canonizados. En estas fechas, en torno al primero de noviembre, día de todos los santos, estamos seguros de que Cayetano cumple los suyos.

Descansa en paz, hermano. Como lo hiciste durante tu vida, ruega por nosotros. Eres un testimonio grande para todos, y un tesoro para quienes creemos en la comunión de los santos.